



Capítulo 1

ALAN, BEN Y LA HENDIDURA



¿Cómo va esa rodilla? —preguntó Ben.

Alan sonrió. La pregunta tenía su gracia, por cómo la había formulado. «Cómo va esa rodilla.» Así es como preguntaría un adulto, un compañero de trabajo tal vez, o un entrenador personal que se interesa por el estado de salud de su jugador después de un partido; probablemente, después de escupir en la hierba. Pero Ben tenía solo seis años.

—No va mal, Ben. Duele un poco, ¿sabes? —Dudó unos instantes y añadió—: Pero si estás cansado puedo llevarte un rato más.

Ben sacudió la cabeza.

—No, no estoy... cansado.

Alan lo espío brevemente sin que se diera cuenta.

No estaba cansado. Estaba agotado. Tenía el pelo sucio pegado sobre la frente, y calculaba que había perdido al menos cinco kilos desde que empezó todo. Eran muchos kilos para un niño de seis años que no tenía sobrepeso. La rodilla derecha asomaba, huesuda, por un desgarro del pantalón.

Alan suspiró. No podía volver a pensar en eso. Se lo había prometido. Tenía demasiadas cosas en las que pensar como para añadir la preocupación por la salud del niño. Primero, seguridad. Luego, salud. Así estaban las cosas. A veces era demasiado difícil encontrar agua siquiera.

Se detuvo y hurgó en el bolsillo de su mochila.

—¿Vas a mirar el *napa*?

—Mapa, Ben. Se dice mapa.

—El *napa*.





—Sí. Vamos a mirar el mapa un momento, a ver si ya es suficiente.

Aún quedaba un poco para el anochecer. El cielo empezaba a decolorarse, a adquirir los tonos lánguidos del ocaso, sobre todo por el oeste. En un par de horas sería de noche, y para cuando eso ocurriera tenían que estar protegidos. La otra cosa eran las montañas, desde luego. Solo Dios sabía cómo las cruzarían teniendo él la rodilla como la tenía, pero confiaba en que la pierna aguantara, y, sobre todo, confiaba en Ben. Se había estado portando como un auténtico campeón. Un campeón de la vida. No recordaba que él hubiera llegado a aguantar ni la mitad de lo que había pasado el chico cuando tenía su edad, pero aquellos eran tiempos mejores, y a ningún chaval se le pedían los sacrificios a los que había tenido que enfrentarse él.

Desplegó el mapa y frunció el ceño.

Ben esperó pacientemente, a su lado. Tenía los ojos entrecerrados debido al cansancio y una pátina de mugre por toda la cara. Antes de concentrarse en el mapa, Alan se dijo que, cuando llegaran al río, tendría que asegurarse de lavarlo bien.

El mapa estaba casi deshecho, sobre todo por las esquinas. Se había doblado demasiadas veces. Se había mojado con la lluvia y, sobre todo, con el episodio del lago, pero los descoloridos círculos rojos que había trazado con ayuda de un rotulador y una regla seguían allí. Marcaban la distancia de seguridad entre núcleos de población y, a decir verdad, casi cualquier sitio donde los monstruos pudieran ocultarse para pasar la noche, hasta donde él podía recordar. Era posible que se le hubieran escapado uno o dos lugares: la gente construía cosas por todas partes en todo momento, y hacía demasiado que él no zascandileaba por aquella zona como lo solía hacer antes, cuando deambulaba colina arriba y colina abajo montado en su motocicleta, deteniéndose en cualquier punto alto al mediodía para echar la meada. Era el momento cumbre de la ruta, cuando sacaba al pajarito al aire y soltaba un buen chorro sobre el suelo mientras respiraba profundamente y pensaba: «Esto es vida». Y lo era, sin duda. Vaya si lo era. Era vida cuando podía ir de un lado a otro sin tener que preocuparse por los monstruos, y podía circular despacio hacia su casa y detenerse, tal vez, en el Tom's Lounge para pedir un filete con puré de patata y batido de vainilla o una tarta de moca. Le gustaba tanto la tarta de moca como Wendy, la camarera. Pero aquellos días se habían esfumado, como casi todo lo demás. El





bareto de Tom era un edificio abandonado que olía a menta rancia, y Wendy, que a veces le daba una alegría o dos en la cocina (si estaba de humor), respiraba con rapidez sobrenatural, oculta bajo los cartones de unas cajas vacías de leche en la misma cocina donde habían jugado con su pajarito.

—Bueno, Ben —exclamó Alan—. Parece que nos hemos alejado lo suficiente.

—¿De verdad? —preguntó.

—Sí. Son buenas noticias, ¿verdad?

—Sí. ¿No llegarán hasta aquí?

—No, seguro.

Se agachó para que el chico pudiera ver el mapa.

—Mira. Estamos aquí. ¿Lo ves? Entre estas dos montañas. Este es el paso que lleva al antiguo aserradero. Por aquí bajaban antiguamente los troncos, antes de que construyeran la carretera que conecta con la autopista. Es un buen paso, porque la autopista pasará hasta cincuenta metros por encima de nosotros, y aunque hubiera coches donde los monstruos pudieran esconderse, no se les ocurrirá mirar aquí abajo, donde no hay nada.

Ben asintió.

—¿Ves los círculos rojos? —preguntó Alan.

—Sí —respondió el chico moviendo la cabeza con sorprendente energía.

—¿Ves lo lejos que están?

—Sí. Significa que no pueden ir más allá, ¿verdad?

Alan sonrió. Se lo había explicado cincuenta veces, pero por algún motivo, el chico seguía pidiendo una explicación. Suponía que escuchar la historia de los círculos le daba seguridad.

—Eso es. Es la distancia en kilómetros que he calculado para que uno de esos monstruos pueda desplazarse, teniendo en cuenta que debe volver a su agujero al amanecer.

—Porque el sol los mata.

—Sí, Ben. El sol los mata. Así que tienen que esconderse. Si van más allá de estos círculos, no llegarán a tiempo, y los monstruos...

—Los monstruos no son tontos.

Alan asintió.

—Así que, sencillamente, no lo hacen. Fuera de estos círculos estamos a salvo.





No era verdad, pero Alan asintió igualmente. Tenía que dejar un resquicio para la esperanza, adoptar una suerte de reglas que el chico pudiera manejar y a las que agarrarse para desarrollar fuerzas que le permitieran seguir luchando. Objetivos. Si le decía que, en realidad, estaban los tipos malos que obedecían ciegamente a los monstruos y que podían moverse de día o de noche, el chico se le apagaría en el camino como una vela, y el desánimo, por no hablar del terror, le haría perder no cinco, sino diez kilos.

Guardó el mapa.

—Ahora deberíamos buscar un sitio protegido del viento para dormir. Se está levantando con fuerza, y cuando sopla así, quién sabe. Hasta podría llover.

—¡Me gusta la lluvia! —declaró Ben.

—Sí. La lluvia nos gusta, ¿verdad? Pero nos gusta mirarla desde detrás de los cristales cuando estamos en casa y la chimenea está encendida, no cuando estamos en mitad del campo cargando con cosas como una manta que huele a...

—¡Pedo de vaca! —rio Ben.

—Eso es. Pedo de vaca. ¡Qué asco! Así que buscaremos un lugar protegido. En esa cañada debe de haber salientes bajo los que meterenos. Y, ¿sabes qué? Aún tengo panecillos.

—¿Bollo de leche? —preguntó Ben con los ojos muy abiertos—. ¡Dijiste que se habían acabado, maldita *señal*!

Alan rio con ganas.

—Se dice «maldita sea», Ben. Y sí, dije que se habían acabado porque eres un glotón y te los habrías comido todos el mismo día que los encontramos, por eso te dije que se habían acabado.

—Oh, qué mentiroso. ¡Pero vale! ¡Ahora me alegro!

—Podrás comerte dos, y dejaremos otro para el desayuno.

—¡Dos! —exclamó Ben, sonriendo. Era una media sonrisa, sin embargo, minada de cansancio, extenuación y sueño. Había sido un día largo: habían caminado casi todo el día y descansado muy poco, y ese ritmo frenético llevaba repitiéndose al menos una semana. Media sonrisa, o una sonrisa a medio gas. Alan había visto la sonrisa del chico cuando el mundo funcionaba todavía, y era muy diferente. Era brillante. Chispeante. Antes, cuando los niños iban al colegio y jugaban a la Playstation al llegar a casa, merendaban bien y cenaban mejor, y luego se ponían sus pijamas calentitos y les





preguntaban a sus padres si ese verano irían a Disneylandia, Florida, y cuánto podían gastar en figuras de Star Wars, y luego se lo comunicaban a sus amigos por WhatsApp antes de dormir en sus camas mullidas con sábanas limpias. Antes. Pero la sonrisa de Ben estaba diciendo «Me apago», y ese esfuerzo débil y casi rendido por expresar su alegría por poder echarse un par de bollos de leche al estómago no ayudaba en absoluto.

—Anda, ven —dijo agachándose y pasando el brazo por detrás de su cintura—. Te llevaré un rato.

—Vale —dijo el chico sin muchas ganas.

Alan comprobó que pesaba mucho menos que al principio. Era un alivio para su rodilla, pero no pudo evitar sentir un desánimo tan lúgubre como descorazonador. Estaba perdiendo peso demasiado rápidamente. Necesitaban encontrar comida, y, sobre todo, necesitaban encontrar comida sana. Legumbres. Verduras. Fruta. Tenía ganas de cocinar para el chico. Había algo lleno de amor por la cocina que se prepara para otros, y Alan lo sabía muy bien porque había vivido en España durante tres años y allí la familia se reunía siempre alrededor de un buen plato para pasar tiempo juntos. A veces, incluso cocinaban juntos, todos parloteando en la cocina y discutiendo sobre lo que llevaba o no llevaba un plato determinado. Cuando se podía, se hacían cosas caseras; cosas como croquetas, que podían encontrarse fácilmente en envases congelados por poco dinero, pero que adquirirían sabores desconocidos cuando se elaboraban en casa, desde cero.

—Si encontramos comida te prepararé algo rico —dijo entonces—. ¿Qué te apetecería, Ben?

Ben no contestó inmediatamente. Había apoyado su cabeza en el hombro de Alan y su brazo colgaba lánguido y bamboleante con cada paso que daban.

—Sopa —susurró—. Me gusta la sopa.

—¡Sopa! —exclamó Alan—. Qué buena. Un poco de sopa con pollo, fideos, huevo, jamón...

—Solo fideos —refunfuñó Ben.

—Vale. Una buena sopa con fideos. No nos gusta el huevo...

—No nos gusta el huevo.

—Nada de huevo. ¿Y qué quieres después? ¿Te gustan las albón-digas?

—Sí. Con tomate.





—En España aprendí a hacer pisto. Lleva huevo, pero lo haremos sin huevo. ¿Sabes qué otras cosas lleva? Lleva calabacines, pimientos rojos y verdes, tomates, cebolla, ajo, un poco de azúcar, sal, y se le puede echar un poco de pan para que tenga más consistencia.

Ben no dijo nada.

—¿Y sabes qué otra cosa lleva?

Silencio.

—Lleva aceite de oliva. Oh, chico..., ese es el auténtico secreto de una buena comida. Un poco de aceite de oliva virgen extra. Vas al supermercado y los miras, ¿vale? Y hay un montón de marcas diferentes. Puedes guiarte por su precio, claro...; cuanto más caro, mejor es. Pero a veces hay aceites muy caros que no son tan buenos como otros. ¿Sabes cómo elegir un buen aceite de oliva?

—¿Cómo? —preguntó Ben. Había cierta curiosidad en su voz.

—El color —respondió Alan triunfante, caminando con cuidado por el camino que ascendía suavemente hacia la cañada. El sol estaba ocultándose rápidamente y la temperatura estaba bajando por momentos—. El color y la densidad, chico. El buen aceite de oliva virgen tiene ese tono verdoso, y cuando agitas la botella parece que se mueve a cámara lenta. Pero no demasiado. Si se mueve demasiado lento tampoco es bueno. Es... es delicado.

—Es delicado —repitió el chico.

—Si encontramos un poco te lo pondré en una rebanada de pan. Con un poco de sal es delicioso, y con ajo, sublime.

—Ajos —susurró el niño—. ¿El ajo no era bueno para los vampiros?

Alan sonrió.

—Bueno, en realidad era malo para los vampiros...

Ben dejó escapar una tímida risa que hizo que a Alan se le encendiera el corazón.

—Sí. Eso es lo que... nos decían en las películas. Que a los vampiros les sentaba mal el ajo. Bueno, imagino que nadie pudo documentarse demasiado sobre vampiros hasta que..., bueno, hasta que...

—Hasta que existieron —susurró Ben.

—Hasta que existieron, sí.

Alan siguió andando durante un rato sin saber qué decir. No le gustaba hablar sobre los monstruos con el chico, ni hablar de nada que resultara desagradable, en general. Ya tenían suficiente con el día





a día como para andar dándole vueltas a ese caramelo agrio y desagradable en la boca.

—Bueno, pero hemos vivido muchas aventuras, ¿eh? —exclamó al fin.

—Sí. Es verdad —dijo Ben—. Muchas aventuras, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Y te has portado... Oh, chico, te has portado como un verdadero jabato.

—¿Un... jabato?

—Un jabato. Vale, no sé qué es un jabato. Me has pillado. Pero se dice de alguien cuando es muy valiente.

—¿Ah! Nunca lo había oído.

—Seguramente es algo que se dice en alguna parte. No lo sé. Son cosas que aprendes viajando. Y ahora estamos viajando mucho. Vas a aprender un montón...

—Como lo de las raíces y el agua...

—Eso es. Como lo de las raíces y el agua.

Alan miró al frente. La montaña, a ambos lados del camino, lo abrazaba ahora con verdadero cariño. Formaba un lugar angosto con una pared de piedra vertical donde las aristas despuntaban, en ocasiones, como barcos hundiéndose en mitad de un oleaje tumultuoso. Suspiró y se cambió al chico de brazo antes de entrar.

—Ahora vamos a cruzar por un sitio muy divertido. ¿Quieres mirar arriba, a ver qué te parece?

Ben miró, moviendo la cabeza despacio, y pestañeó brevemente cuando vio la hendidura de cielo en lo alto, despuntando brillante en contraste con las paredes de piedra. La altura era considerable.

—Hala —susurró.

—Bonito, ¿verdad?

—Sí...

—¿Sabes quién ha hecho esto?

—¿Una... excavadora? —preguntó el chico, dubitativo.

Alan rio.

—Es una buena respuesta. Pero no..., en este caso no fue ninguna excavadora. Fue la lluvia. La lluvia que erosionó el suelo durante miles, decenas de miles, cientos de miles de años y...

—Ah, sí —interrumpió Ben—. ¡Eso lo estudié en el colegio! Como el Gran Cañón del Colorado.

—Exacto. Como el Gran Cañón del Colorado. Eso es.





—Mi padre decía que en el Cañón del Colorado había morlocks.
—Morlocks —susurró Alan—. Espera..., ¿eso no era...?
—Unas criaturas que viven bajo el suelo porque les aterra la luz.
—Morlocks. Sí. Pero eso es de un libro de... ¿Julio Verne? ¿El de la máquina del tiempo?

Ben se encogió de hombros.

—Mi padre me contaba que, a veces, cuando el agua ero... erosionaba la tierra, abría los túneles donde vivían los morlocks. A veces. Y que por eso a veces se los podía ver caminando por la superficie. Que entonces cogían a uno o dos excursionistas y se los llevaban bajo tierra para... —sacudió una mano en el aire—... para comérselos y esas cosas.

—Oh —rio Alan—. Bueno, chico, creo que tu padre solo quería contarte una buena historia de miedo, ¿sabes?, del tipo que se cuentan alrededor de las fogatas en los campamentos de verano.

—No creo —exclamó Ben—. Se ponía muy serio cuando lo contaba.

—Ya. Verás..., los morlocks fueron una... invención de Julio Verne, ¿sabes? Sencillamente se los inventó para escribir libros que...

—Como los vampiros —dijo Ben.

Alan pestañeó.

—¿Cómo?

—Como los vampiros. Alguien escribió sobre ellos para asustar, pero ahora... ahora existen.

—Sí. Bueno... —exclamó Alan, pensativo y preocupado por la línea de pensamientos del chico—. Pero... pero los morlocks eran criaturas fantásticas, ¿sabes? Alguien se los inventó para...

—Sí. Como los vampiros. A lo mejor estaban escondidos bajo tierra y alguien los dejó salir. Porque tampoco les gusta el sol, ¿verdad? Alguien con una excavadora. Y ahora están enfadados como... como... como en plan... ¡no nos gusta el sol!

Alan compuso una expresión triste.

—No. El sol no les gusta nada.

—Por eso me gusta tanto a mí.

—Sí. El sol es bueno. Pero... bueno, en cualquier caso estamos lejos de los vampiros ahora. Por eso vamos por estos sitios tan difíciles. Para alejarnos de las ciudades y de las casas.

—Ya lo sé —exclamó el muchacho.





Alan siguió andando. La rodilla empezaba a dolerle mucho. La sentía casi como si fuera a doblarse en el sentido opuesto al permitido. Si fallaba de forma irremediable, tendrían que... Bueno, tendrían que parar enseguida, porque no se veía arrastrándose por aquellos andurriales. Y detenerse era un problema, sobre todo por la comida, pero también por el agua. Tenían que cruzar la cañada y atravesar un pequeño bosque para llegar al río, y luego andar un poco más para llegar a un pequeño grupo de edificaciones que habían sido un hotel de carretera. Esos sitios eran siempre un riesgo, como tirar unos dados con pocas probabilidades. Todo lo que no fuera un cinco o un seis significaba que el lugar estaría lleno de vampiros, durmiendo en las habitaciones con las ventanas condenadas, debajo de las camas, o en las bañeras de los cuartos de baño con las puertas cerradas, o bajo las sábanas de la lavandería, en un sótano, o en el cuarto de los generadores y las instalaciones de tuberías o electricidad, en una esquina, las rodillas plegadas contra el pecho. En esas ocasiones, Alan siempre dejaba al chico escondido a cierta distancia y se acercaba con mucho sigilo. Ya ni siquiera pensaba tanto en lo que podría pasarle a él: ser mordido o incluso desgarrado hasta la muerte por una criatura bestial. Pensaba más en el chico y en cómo se desenvolvería sin él, solo y abandonado a su suerte en un mundo muerto. Lo apesadumbraba pensar que no lo conseguiría, y no creía que pudiera lograrlo. El mundo era ahora un lugar terrible, lleno de peligros, de día o de noche. Porque incluso cuando el sol brillaba alto estaba el tema de los guardianes: los seres humanos que no habían sido convertidos en vampiros pero que vivían en un estado de hipnotismo. Los cuidaban y protegían mientras ellos dormitaban como los cadáveres que eran, hasta que la noche los traía de vuelta a la vida.

El chico, sí.

Afortunadamente tenía un pequeño truco para saber si había vampiros en un lugar determinado. El olor. No el olor a descomposición o muerte, sino el otro olor. Por algún motivo que no había podido determinar, los vampiros olían a menta rancia. Sus cubiles quedaban apestados por ese tufo insoportable a medicinas viejas, a armario de abuelillo con demasiadas dolencias. Incluso desde fuera ese olor podía notarse, y entonces simplemente se iban a otro lado; se alejaban tanto como podían, porque enfrentarse a los vampiros, incluso cuando dormían, era demasiado peligroso.





Empezaba a hacer frío de veras.

Le gustaría mucho encender un buen fuego para calentarse, pero el fuego de noche era una señal visual demasiado evidente. Con todas las ciudades y carreteras apagadas, unos ojos atentos podían ver el resplandor de una pequeña fogata desde kilómetros de distancia, y si no era el fuego, sería el humo. Y Alan siempre prefería no arriesgarse; por eso seguían vivos.

—Tengo sueño —susurró Ben.

—Vale. Pues... duermes un poco, ¿quieres? Duermes un poco y luego te despierto para que comas tu bollo, y después podrás dormir hasta que se haga de día. ¿Vale?

—Vale —dijo el chico, pero lo dijo en un tono tan bajo que Alan apenas lo oyó.

Era un buen niño. Era un niño extraordinario.

Alan dio una zancada y la rodilla le crujió con un sonido quejumbroso. Su expresión dio paso a una de dolor. Ben pareció no advertir nada. El hombre se quedó un rato inmóvil, sintiendo el pulso apremiante en la pierna que le indicaba que algo iba realmente mal allí abajo.

—Vale —susurró—. Vale. Solo un poco más, por favor. Solo unos pasos más hasta... hasta aquella hendidura...

Se quedó quieto y en silencio.

Había visto una hendidura, sí; una oquedad en penumbra al pie del risco que se hundía en la montaña como una caries. No debía de tener ni medio metro de alto, pero se le adivinaba cierta profundidad. Era el lugar perfecto para pasar la noche, guarecidos del viento, del frío y hasta de la lluvia si acaso caía durante la noche, y era posible que los protegiera un poco del rocío de la mañana. Perfecta. Pero alguien más había pensado lo mismo que él.

Porque allí en el suelo, visible a duras penas por las tinieblas de la oquedad, divisó un pie descalzo y sucio.

Por algún motivo, Alan contó los dedos, como hipnotizado. Uno. Dos. Tres. Tres dedos. Cuatro dedos y...

Cinco. Cinco dedos de un pie.

Un pie.

Se veía boca abajo, y un poco más allá vio el otro pie, que asomaba apretado bajo una pierna. Y al fondo, ya apenas visible, vio otro cuerpo, y un brazo, y una mano medio enterrada en la tierra polvorienta del suelo, y una...





«Una hebilla de cinturón», pensó Alan. Una hebilla con forma de herradura.

Alan pensó en cadáveres. Gente muerta que alguien hubiera dejado ahí en algún momento. Si había sido antes o después de la llegada de los vampiros, no lo sabía, pero podían ser cadáveres de... gente que debía dinero, o de mafiosos, traficantes de coca o de meta, o miembros de alguna banda que habían estado tocándole las narices a alguien. Como en las series de Netflix. Pensó en los moteros fuera de la ley de *Hijos de la anarquía*. Pensó en tráfico de armas. Pensó en...

El sol se ocultaba con rapidez. En la sima del paso entre montañas, la oscuridad crecía a ojos vistas. Alan tuvo que pestañear un par de veces para ajustar la mirada.

Tuvo que hacerlo porque un dedo acababa de moverse.

Allí, a muchos kilómetros de ninguna parte, en mitad del campo y las colinas rocosas, donde un vampiro no tenía ningún lugar donde esconderse...

Ninguno, salvo aquella hendidura.

Y Alan comprendió.

Un hombre experimenta varios episodios de miedo durante su vida. Cuando se es niño se siente un miedo superficial y desconocido, a las habitaciones en penumbra, a los sótanos, a los garajes oscuros donde los coches duermen como bestias metálicas a punto de despertar. O se tiene miedo a la regañina de una madre cuando uno sabe qué ha hecho o dejado de hacer algo. Y más adelante se siente miedo por innumerables razones, como perder el trabajo, no poder afrontar los pagos de las facturas; miedo a quedarse solo, a las enfermedades, a que algún elemento descontrolado y fortuito arremeta contra las estructuras esenciales de nuestra vida y nos arroje al barro. Pero el miedo que sintió Alan en ese momento no lo había conocido jamás. Y no sintió miedo por su vida, o miedo por la probabilidad de dolor; sintió miedo por el pequeño Ben. Porque estaban despertando, sí; empezaban a moverse porque el sol se retiraba, satisfecho de haber iluminado las vetustas tierras del mundo, y dejaba paso a la noche. Y a los vampiros les gustaba la noche tanto como la sangre caliente que rebosa de una herida en la carne.

El chico.

¿Qué iba a ser del chico? Aun si lo desdeñaban y lo abandonaban allí mientras se alejaban saltando como locos entre las rocas, ¿cómo sobreviviría sin él?





—Ben... —susurró con la voz rota.

Lo abrazó.

Lo abrazó tan fuerte que sintió su cuerpo menudo protestar con un pequeño crujido de huesos.

Ben dejó escapar una pequeña risa.

Alan se concentró en ella. En la risa. La última cosa hermosa que tal vez sintiera antes de que los monstruos abandonaran su agujero y lo hicieran suyo. Gracias por la cena, señor Alan. O el desayuno, queríamos decir. Gracias por la vida que galopa por sus venas a ritmo descontrolado de corazón enfermo de miedo. *Noss encannnta.*

La risa. La risa del chico.

Un sonido de algo arrastrándose empezó a salir de la hendidura.

La hebilla con forma de herradura centelleó por un instante como un estilete tocado por la luna en mitad de la noche.

Alan cerró los ojos.

